

Biografías para niños

NACE UN SOÑADOR Y UN HOMBRE DE ACCIÓN

Salvador Alvarado nació en Culiacán, Sinaloa, el 16 de septiembre de 1880. Su padre era originario de Tepic y tintorero de oficio; se presentó con el niño de unos cuantos días de nacido en las oficinas del Registro Civil, sin mencionar quien era la madre.

La niñez de Alvarado no se conoce. Sólo se sabe que se instaló con su padre en Pótam, pueblo sonorense que se encuentra a orillas del río Yaqui.

Ya adolescente, pasó a Morelia, Michoacán, donde estudió la carrera de farmacéutico en la Universidad de San Nicolás. Después vivió un tiempo en el puerto de Guaymas, donde trabajó como empleado en una farmacia. La experiencia

6 • Salvador Alvarado

adquirida lo decidió a poner su propio negocio en Pótam y después en Cananea, población situada en la parte norte de Sonora.

Su espíritu estaba ávido de conocimientos. Él mismo cuenta que viendo la utilidad del idioma inglés se suscribió a periódicos extranjeros a fin de llegar a dominarlo. También leía con intensidad las obras de los autores preocupados por hacer más justa y menos desigual la vida entre los hombres. Estas lecturas iban unidas a las observaciones que Salvador Alvarado hacía del ambiente que le rodeaba. Veía la situación de miseria que predominaba entre los campesinos y la población en general, mientras que muchos encargados de la administración pública porfirista no cumplían con su deber y aprovechaban sus cargos para hacer florecer negocios personales. Por eso, desde muy joven soñaba con un cambio profundo que mejorara la vida de la mayoría de los mexicanos.

Era inquieto y poseía una gran voluntad. Así, lo que se proponía quería verlo convertido en una realidad con la mayor rapidez posible. Estos ras-

gos del carácter de Alvarado se notan en todos los actos de su vida, tanto en su etapa de revolucionario en Sonora, como en la de gobernador en Yucatán.

Cuentan sus subordinados que se enfrentaba a ellos con toda firmeza diciéndoles: “Si esto se puede hacer en un mes, no consiento que se pierda más tiempo”.

LA REALIDAD LO CONVIERTE EN REVOLUCIONARIO

En 1906 fue nombrado elector en las votaciones que iban a tener lugar en Sonora, su estado de adopción, ya que en él pasó la mayor parte de su vida. Esa designación marcó en forma decisiva su opinión sobre la situación política del país, ya que comprobó personalmente cómo se manejaban los votos para favorecer al candidato oficial. En esa ocasión el voto de Alvarado y de otros electores desaparecieron misteriosamente porque proponían para la vicepresidencia de la República a una persona distinta a la propuesta por

el gobierno porfirista. Por eso Salvador Alvarado escribió unos años después: “¡A cuántos millones de jóvenes mexicanos se habría matado la fe del mismo modo!”

La desilusión fue tan grande que desde esas fechas combinó Salvador su trabajo en la farmacia de Cananea con la agitación antiporfirista.

En ese mismo año de 1906 se afilió al Partido Liberal Mexicano, contrario al gobierno, y cuando en 1910 la oposición ya tenía una organización amplia, se unió al Partido Nacional Antirreeleccionista, en el que destacaba la figura de Francisco I. Madero.

Inmediatamente Alvarado se relacionó con personas como José María Maytorena y Juan Cabral, quienes creían que un movimiento armado que derrocaria al régimen porfirista sería el primer paso para la solución de los problemas de la nación.

Y antes del 20 de noviembre de 1910, fecha que apuntó Madero para iniciar la lucha, varios sonorenses estaban ya en pie de guerra, entre ellos Alvarado.

En mayo de 1911 participó bajo las órdenes de Cabral en la toma de Cananea y Agua Prieta, lo



que le valió el grado de mayor dentro del ejército revolucionario y el nombramiento de jefe del Cuerpo Auxiliar del Estado de Sonora, formado sobre todo por indios yaquis que se unieron a la revolución con la esperanza de recuperar las tierras que les habían quitado.

Durante la presidencia de Madero, Alvarado permaneció en su estado como un apoyo al gobierno para lograr la pacificación total. Por eso, cuando en 1912 la rebelión de Pascual Orozco penetró en Sonora, Salvador Alvarado combatió al lado de otros militares entre los que empezaba a destacar Álvaro Obregón.

En febrero de 1913 un grupo del ejército se sublevó en la Ciudad de México contra el gobierno del presidente Francisco I. Madero y del vicepresidente José María Pino Suárez; las cosas empeoraron cuando el general Victoriano Huerta, a quien Madero había encargado la defensa de la Ciudad, se unió al grupo rebelde. Madero y Pino Suárez fueron derrocados y asesinados y Huerta ocupó la presidencia.

ALVARADO, MILITAR CONSTITUCIONALISTA

La traición de Huerta provocó una fuerte sacudida en todo el país. Sobre todo los gobernadores de los estados del norte se opusieron a su gobierno y contestaron tomando las armas en un movimiento al que se le ha dado el nombre de Revolución Constitucionalista, porque consideraba que el ascenso de Huerta al poder se había hecho en contra de la Constitución. A la cabeza de esa lucha se colocó Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila.

El general Obregón quedó al mando del ejército de Sonora, el cual fue dividido en tres secciones: la del norte, bajo las órdenes de Juan Cabral; la del sur, dirigida por el general Benjamín Hill; y la sección del centro comandada por Salvador Alvarado, que ya para estas fechas se había convertido en coronel.

Durante 1913 y 1914 los militares sonorenses lucharon contra el régimen de Huerta hasta lograr derrotarlo completamente. Alvarado destacó en las tomas de Cananea, Naco y, sobre todo, en las batallas de Santa Rosa y Santa María, por lo que ascendió a general brigadier.



También se encargó del sitio de Guaymas, empresa muy difícil que le llevó casi un año.

Al caer Huerta las fuerzas revolucionarias del país se dividieron porque no compartían la misma idea en cuanto a cómo debía organizarse el país. En este conflicto destacaron tres grupos: carrancistas, villistas y zapatistas. Alrededor de Venustiano Carranza predominaba la idea de la unidad, aunque las reformas vinieron poco a poco; en cambio, los seguidores de Francisco Villa y, principalmente, de Emiliano Zapata, buscaban un cambio inmediato, sobre todo en cuanto al reparto de tierras a los campesinos.

Estas diferencias crearon nuevos conflictos y en ellos Salvador Alvarado permaneció fiel a don Venustiano, lo que le trajo problemas con José María Maytorena, gobernador de Sonora y partidario de Villa.

El 8 de agosto Alvarado fue aprehendido y llevado a la cárcel de Hermosillo, donde permaneció dos meses, Maytorena tomó como pretexto el que un grupo de hombres hubiera desertado dentro del regimiento del general Alvarado. Esta situación de

soldados que desertaron no era nueva ya que ante la lucha tan dura y prolongada, y ante la falta de recursos para mantenerlos en buenas condiciones, muchos abandonaban el ejército. En más de una ocasión Alvarado expresó a Maytorena su opinión:

Señor gobernador, si quiere que las tropas estén contentas hay que garantizarles su paga y mantenerlas bien alimentadas. De lo contrario, nos arriesgamos a una deserción.

Al salir de la prisión, en octubre de 1914 se dirigió a la Ciudad de México para entrevistarse con Carranza, quien lo designó comandante de la plaza. Poco después partió para Puebla donde arrebató la ciudad a los zapatistas.

En enero de 1915, asesinaron al hermano de don Venustiano, el general Jesús Carranza, comandante militar del Sureste, que abarcaba el territorio de Quintana Roo y los estados de Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán. En su lugar fue nombrado Salvador Alvarado, y unos días después se convirtió también en gobernador de Yucatán.

LA VIDA EN YUCATÁN

Gracias a su lejanía, Yucatán no había sufrido la guerra de una manera tan intensa y directa, de tal manera que su actividad económica no se interrumpió con la lucha.

La principal producción yucateca era el henequén, llamado también “oro verde”. Con esta planta se fabricaba una enorme variedad de cordeles para muchos usos. Por eso en Yucatán los terrenos que en la época colonial se empleaban en cultivar maíz o en criar ganado fueron sembrados con henequén, ya que en el extranjero existía una gran demanda por este producto.

Durante la Revolución no se suspendió la explotación del henequén, y cuando los constitucionalistas lograron derrocar a Huerta, siguieron financiando la lucha para pacificar al país con los recursos obtenidos del comercio henequenero de Yucatán.

Era tanto lo que había aportado Yucatán que se decía entre el pueblo: “Sonora, Chihuahua, Gua-

najuato, son estados que han dado mucha sangre a la Revolución. Yucatán ha dado mucho dinero”.

Pero ¿quiénes hacían posible que se moviera el inmenso negocio henequenero? Por un lado los dueños de los negocios henequeneros y por el otro los trabajadores.

Era algo comprobado que los grandes hombres de empresa, los ricos de la región, estaban dedicados a actividades relacionadas con el henequén: o poseían haciendas para su cultivo o máquinas desfibradoras o compañías que se encargaban de transportar el producto fuera de Yucatán y venderlo.

Pero frente a las grandes fortunas que surgieron alrededor del henequén, había también en Yucatán una situación de miseria extrema, en la que se encontraban sumidos, desde los peones de las haciendas henequeneras, hasta los trabajadores encargados de desfibrar, almacenar o cargar el producto en los vagones de ferrocarril o en los barcos que salían del puerto de Progreso hacia distintos puntos del mundo.

En Yucatán era absolutamente cierto el sistema de servidumbre por deudas. Como el salario pagado a un jefe de familia siempre era menor de lo que se





necesitaba para vivir, los peones tenían que solicitar préstamos continuos.

Los patrones los concedían, pero a cambio de ello el trabajador se endeudaba cada vez más, lo que le hacía perder la libertad y él y sus hijos quedaban atados de por vida a la hacienda por las deudas contraídas.

LOS CAMBIOS

En marzo de 1915 Salvador Alvarado llegó a Yucatán, donde desde 1912 habían ocupado el poder siete gobernadores. El último fue el general Abel Ortiz Argumedo, que con el apoyo de los hombres ricos y poderosos de Yucatán se levantó en armas para evitar que la región cayera bajo el control de Carranza. Este grupo quería mantener al estado alejado de todas las cuestiones que ocurrían en la República, pero después de varios años de lucha la hora de lograr la unidad y la paz en el país había llegado, y Yucatán no se podía quedar fuera.

Los argumedistas se resistieron, pero Alvarado era sin duda un militar con mucha experiencia, la que había acumulado en los combates norteros y que demostró una vez más en Yucatán.

Las primeras batallas tuvieron lugar en Campeche y después de algunas dificultades y de la pérdida del cañonero “Progreso”, el general Alvarado pudo avanzar hacia Mérida.

La gente de Argumedo se había encargado de correr la voz de que los carrancistas dirigidos por



Alvarado destruirían todo a su paso, lo que levantó un tremendo pánico.

Al ver la causa perdida, Argumedo y varios de sus hombres, así como los yucatecos dueños de grandes fortunas, a los que Alvarado llamaba “la casta divina”, se embarcaron con lo que pudieron reunir de sus pertenencias y dinero hacia Cuba y otros lugares.

Por su parte, el avance de Alvarado no se pudo detener y las batallas de Blanca Flor, Poc Boc y Halachó fueron sus grandes victorias.

Ya en el poder, el general Alvarado inició de inmediato un programa de reformas tan amplias y tan profundas como nunca se había visto en un tiempo tan corto, no sólo en Yucatán sino en el resto del país.

Y para sorpresa de los habitantes de Yucatán el militar proponía mejoras rápidas para la mayoría de la población, lo que provocaba muchos comentarios:

Este hombre es muy extraño. Todavía no se enfrían los rifles de sus soldados y ya está hablando de fundar es-

cuelas, alzar el precio del henequén y bajar el costo de los alimentos básicos.

Tenía una voluntad tan poderosa que hubo quien la comparó con un hierro ardiendo que perforaba un témpano de hielo.

Después de tantos años en campaña tenía enormes deseos de poner en práctica una serie de ideas producto de sus lecturas de juventud, porque sentía que harían de Yucatán un lugar donde la desigualdad exagerada podría desaparecer.

Y se puso manos a la obra, trabajando sin descanso y con una moral a toda prueba para conseguir su sueño:

Sueño con una patria libre, poderosa, ampliamente civilizada y feliz, y abrigo la convicción de que si México cuenta, como debe ser, con la ayuda de todos sus hijos, el sueño no tardará en convertirse en deslumbradora realidad, la que quiero que tenga su principio en Yucatán.

El gobierno de Alvarado en Yucatán duró del 19 de marzo de 1915 al 1 de febrero de 1918, y el mismo día que entró al Palacio de Gobierno de Mérida

reunió a banqueros, comerciantes y hacendados y les dijo: “Les invito sinceramente a colaborar conmigo, pero les pido que no vengan con regalos porque yo no me vendo a nadie”.

Todos se retiraron sin saber si esas palabras eran verdaderas, pero el tiempo se encargaría de confirmarlas.

Durante esos años la organización del estado de Yucatán cambió en todos sentidos.

Como la riqueza yucateca provenía del henequén, había que emplearla de manera que sus beneficios fueran compartidos por todo el estado y sirvieran también para dar un apoyo económico al gobierno de la República.

El gobernador creó la Comisión Reguladora del Henequén, encargada de comprar la fibra al productor y venderla posteriormente al extranjero. Se fijaron precios más altos a fin de que las ganancias fueran mayores para Yucatán y, en consecuencia, para todo el país.

Por supuesto que las grandes compañías protestaron, pero tuvieron que sujetarse a la determinación de Alvarado, quien con las ganancias pudo

emprender muchas obras de bienestar social, sobre todo las relacionadas con el reparto de tierras y la educación.

¡TIERRA Y LIBROS!

La Ley Agraria que dictó Salvador Alvarado contemplaba una prohibición para todo aquel que quisiera tener un control personal sobre el uso del agua, y una amplia distribución de tierras para las comunidades y para propietarios individuales. Respecto a este asunto el gobernador había declarado acaloradamente: “Nadie es propietario exclusivo de la tierra como nadie lo es de la luz ni del aire”.

Además de la preocupación por la tierra, Alvarado tenía gran interés por las tareas educativas. Durante su mandato las escuelas se multiplicaron, creando sobre todo centros escolares en lugares apartados.

Fundó las escuelas de Agricultura y Bellas Artes y reunió en dos ocasiones a los maestros del estado en los Congresos Pedagógicos, para poder



trazar todos juntos un plan que mejorara la instrucción de los habitantes.

Era tal su convicción por la enseñanza que muchos templos fueron transformados en escuelas.

Hubo un proyecto en el que puso mucho empeño: la Ciudad Escolar de las Mayas, que empezó a funcionar en el pueblo de Itzimná y que consistía en impartir una educación muy amplia: aprender a leer y escribir, cultivar la tierra, dominar un oficio y criar el ganado. Además de obtener conocimientos en todo lo anterior, esta Ciudad Escolar tendría un lugar para actividades artísticas, su biblioteca y su propio periódico. Con una educación así los alumnos saldrían preparados para enfrentar la vida con muy buenos instrumentos.

Pero para Alvarado la educación no se terminaba en las escuelas. Había que inculcar a los ciudadanos el espíritu cívico y el amor a la patria. Al respecto se cuenta una anécdota muy ilustrativa:

Alvarado supo que un hombre acaudalado de la ciudad no se ponía de pie al escuchar el himno nacional. De nada habían valido las multas. El general indicó que se le encarcelara y mandó traer a

una banda de música para que tocara el himno en la puerta de la celda. Terminó la orden con estas palabras:

—¡No dejen de tocar hasta que se lo aprenda!

UN TRABAJO DIGNO Y UN TRATO HUMANO

Los peones de las haciendas henequeneras y los obreros yucatecos en general, eran explotados por los patrones porque no existían leyes que los protegieran ni habían intentado organizarse para reclamar mejores condiciones de vida.

Alvarado captó en seguida el problema y logró en corto tiempo que la situación cambiara por medio de una Ley del Trabajo, que marcaba ocho horas de labor, unos salarios más altos y seguros contra accidentes. Asimismo, se puso fin a la servidumbre por deudas y todos los castigos corporales que antes de la Revolución eran algo muy común.

Por medio de las leyes logró que el gobierno interviniera directamente en favor de los trabajadores para resolver los conflictos y humanizar a los patrones.



Toda esta labor se complementó con una serie de medidas que buscaban moralizar a la población, como los decretos que clausuraban las cantinas y que prohibían todo tipo de casas de apuestas, peleas de gallos y corridas de toros.

Para Alvarado una sociedad feliz era la que se dedicaba con todas sus energías al trabajo honesto. En cuanto a las diversiones, había que reeducar al pueblo para que ocupara su tiempo libre en actividades sanas.

Salvador Alvarado también se preocupó por mejorar la condición de las mujeres y apoyó la organización del Primer Congreso Feminista que se celebró en nuestro país.

Como se ve, el general Alvarado fue un hombre que, además de los méritos acumulados durante su etapa de militar en la Revolución Mexicana, se echó auestas la enorme tarea de cambiar la estructura de un estado como Yucatán, creando leyes que lo convirtieran en un ejemplo moderno de cómo debía funcionar una sociedad más preparada y justa.

1^{er} CONGRESO FEMINISTA



LA ESTRELLA SE APAGA

Cuando terminó su mandato en 1918, Alvarado se incorporó nuevamente al ejército y en 1920 se unió a la rebelión de Agua Prieta, que surgió contra Carranza cuando éste quiso imponer su propio candidato a la presidencia. El levantamiento estuvo dirigido por tres militares sonorenses: Adolfo de la Huerta, Plutarco Elías Calles y Álvaro Obregón.

A la muerte de Carranza, De la Huerta ocupó la presidencia provisional y Salvador Alvarado fue secretario de Hacienda durante dos meses.

Cuando Obregón subió al poder, el general Alvarado se retiró totalmente de la política, pero en diciembre de 1923 Adolfo de la Huerta se sublevó contra el gobierno y Alvarado lo acompañó en la aventura.

El levantamiento delahuertista fue derrotado y muchos de los militares que lo impulsaron perdieron la vida en él, entre ellos Salvador Alvarado, quien después de sufrir una derrota en Ocotlán, siguió hacia el norte y salió del país. Al llegar a la

ciudad de Nueva York se entrevistó con De la Huer-
ta, y éste le encargó la jefatura del movimiento.

Pero el 10 de junio de 1924 el general Salvador Alvarado fue sorprendido por el general obregonista Federico Aparicio en el rancho El Hormiguero, en Chiapas, y asesinado por el teniente coronel Diego Zubiaur.

Este último episodio de su vida nos confirma una vez más su espíritu combativo y apasionado, pensando siempre en que trabajaba por su país. aunque las condiciones fueran difíciles.

Como él dijo en muchas ocasiones: “Hay locos que tienen sus obsesiones: yo tengo la del amor a mi patria”.



